

XXIV.

UNA REAPARICION EN LA ÓPERA.

Octavio se encontraba en la Ópera con sus amigos Miravault y Monjoyeux. Se representaba *El Profeta*. Se escuchaba con religioso silencio la música del bailable *Los Patinadores*.

Miravault consultaba sin cesar su reloj. Monjoyeux soltaba de cuando en cuando una frase chispeante.

Parisis no consultaba el reloj, ni soltaba ocurrencias.

Habia visto entrar en un palco, á la misma jóven que habia encontrado en el bosque de Bolonia.

Era ella, la misma jóven, hermosa, altiva y resuelta, cuya belleza se encontraba templada por una gracia innata y por una dulce sonrisa. Era aquel perfil idealmente esculpido, era aquella misma cabellera abundante, retenida en su propio impulso y rubia como las doradas gavillas.

En aquella noche, sobre todo, estaba mas hermosa que nunca: sus brazos admirablemente modelados, sus hombros de marmol, su garganta firme y on-

deante á un mismo tiempo, su mano que agitaba el abanico con la sencillez del gran mundo, acababan de seducir á Octavio.

—Ved allí abajo! dijo á sus amigos.

—Y bien, dijo Miravault, es la marquesa de Fontanelles, la señora de Campanac y una jóven que no conozco. Pero tu no tienes tiempo de entretenerte en estas curiosidades: mira que hora es. Ya sabes que se nos aguarda en casa el señor Millon.

Octavio debia pedir prestados cien mil francos por una deuda contraida en el juego.

Volvióse hácia Monjoyeux.

—Puesto que os quedais en mi palco es necesario que averigüeis el nombre de esa hermosa criatura. Espero volver antes de que la funcion concluya.

—Vamos! vamos! dijo Miravault: hétete aquí aun con tu sed de conquistas. Nada hay que hacer allí, querido: tu sabes perfectamente que la marquesa se halla entregada á Dios por completo, que la princesa es una ambiciosa que quiere poner un escudo de oro mas en su blason. En cuanto á la jóven que hace esta noche su entrada en la Ópera, tu debes comprender, desde la primera ojeada, que es inconquistable como el cuadrilátero. Lo mejor que puedes hacer es pasar de lado. Ven pronto: el señor Millon nos aguarda.

Octavio estrechó la mano de Monjoyeux.

—Vos me direis el nombre de esta niña.

Estaba muy lejos de pensar que en aquel mismo palco estaba viendo tres naipes de su último juego:

la Dama de Oros, la Dama de Cópas y la Dama de Palos.

Si el hombre estuviese siempre entre bastidores tomaría interés en la comedia?

Octavio había rogado á Monjoyeux que averiguase el nombre de la jóven que estaba con la marquesa de Fontanelles en el palco de la señora de Campanac.

Estas señoras salieron al finalizar el cuarto acto.

—No tengo yo la culpa, dijo Monjoyeux á Parisis, cuando este volvió al teatro: hice lo posible para que no se marchasen: dije á la acomodadora que un duque, un verdadero duque, un conde del tiempo de las cruzadas, quería ser presentado á la marquesa de Fontanelles.

—Pero dijiste mi nombre?

—No.

—Y no, me decís como se llama la jóven?

—Se llama Genoveva.

—Genoveva, que mas?

—Ah! me detuve en el nombre de pila.

—El diablo te lleve.

Octavio se puso furioso.

—Genoveva! prosiguió; yo conozco este nombre. Ah diablo! es el nombre de mi prima; pero esta es una verdadera parisiense, mientras que mi prima es una provinciana. Será necesario no obstante que vaya á visitar á la señorita de La Chastaigneraye.

Al volver á su casa el joven halló entre sus cartas

de la mañana este billete que aun no había leído:

«Señor sobrino:

»Me marchó muy disgustada. Por dos veces he intentado veros para deciros adios, y el señor duque no recibia. No os perdonaré aunque me dispenseis la gracia de venir á Champauvert. Puesto que teneis miedo á vuestra prima, os prometo que no volveréis á encontrarla. Ella por su parte está animada con el deseo de no veros nunca.

»Por lo demás, señor sobrino, ruego á Dios que os tenga en su santa guarda.

»REGINA DE PARISIS.»

—Y bien! dijo Octavio: este año iré á cazar á Parisis.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
15-16 1625 MONTERREY, MEXICO